



BEATA ANA MARÍA JANER

“Servidora de la caridad”

FUNDADORA DEL
INSTITUTO DE HERMANAS
DE LA SAGRADA FAMILIA
DE URGELL



(Cervera 1.800 - Talarn 1.885)

BEATIFICADA EL 8 DE OCTUBRE DE 2011
EN SEO DE URGELL (LLEIDA-ESPAÑA)



*Ana María Janer,
peregrina con esperanza*

La vida es un viaje. Lo decía Benedicto XVI en Spe salvi: un viaje por el mar de la historia, a veces sereno, pero muchas veces agitado y oscuro. En ese mar, todos buscamos una luz, una estrella que nos indique por dónde seguir. Y en los momentos más duros, necesitamos más que nunca esas luces que no se apagan.

Pero ¿cómo es este viaje mientras vivimos? Durante la pandemia, Antonio Guterres, Secretario General de las Naciones Unidas, usó una imagen fuerte: dijo que el COVID-19 fue como una radiografía que mostró las fracturas ocultas en nuestras sociedades. Todos íbamos navegando en el mismo mar, sí, pero no en el mismo barco. Algunos en yates cómodos; otros, en pateras o apenas agarrados a restos que flotan. ¡Qué verdad tan grande! Por eso, en esta travesía tan desigual, todos buscamos una luz, una estrella que nos indique por dónde seguir.

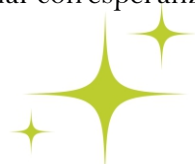


HERMANAS
SAGRADA FAMILIA DE URGELL
Amarte y servirte siempre y en todo

148



Necesitamos volver la mirada a quienes, con su vida, fueron signos de esperanza. Benedicto XVI decía que las verdaderas estrellas de nuestra existencia son aquellas personas que supieron vivir bien, con rectitud. Son luces que nos orientan. Y Jesucristo es la luz más grande, el sol que disipa toda oscuridad. Pero para llegar a él, necesitamos luces cercanas, rostros concretos que encarnen su resplandor y lo acerquen a nuestra noche. Bien sabemos que así es Ana María, una “mujer fuerte, humilde y llena de misericordia”; una “mujer de fe ardiente, firme esperanza y caridad atenta”, tal como la invocamos en nuestras letanías. Y es precisamente esa esperanza, vivida y encarnada, la que hoy, en el marco del año jubilar, nos invita a detenernos un momento y preguntarnos qué significa peregrinar con esperanza.



Caminar sin someterse al miedo

La esperanza se opone radicalmente al miedo y a la angustia. El miedo, desde siempre, ha sido un instrumento de dominio: vuelve a las personas dóciles, fáciles de someter. En un clima de angustia, nadie se atreve a expresar libremente su pensamiento o su fe, por temor a la represión. Cuando el miedo gobierna, las diferencias se ocultan; se busca lo igual, se celebra lo idéntico, y lo distinto se vuelve objeto de sospecha y odio. El miedo levanta fronteras: el otro aparece como amenaza. Puede encerrar a una sociedad en una cárcel invisible, convertir a un grupo humano en una secta o transformar un barrio en una ciudad amurallada. El miedo solo instala advertencias: “¡peligro!”. La



esperanza, en cambio, deja señales de camino. Es ella la que nos pone en marcha, la que nos da sentido y orientación. El miedo paraliza; la esperanza impulsa. Y sí, tenemos motivos para temer: a gran escala, una nueva pandemia, una tercera guerra mundial; en lo cotidiano, perder el trabajo, una enfermedad grave, la muerte de un ser querido, la vejez, el fracaso, la ruptura de un vínculo. Pero el miedo nos roba el futuro. Toda acción hecha por miedo está cerrada al porvenir. La esperanza, en cambio, es apasionarse por lo que aún no ha existido (Byung-Chul Han).



No podemos afirmar que Ana María no haya sentido miedo o angustia. Hacerlo sería proyectar sobre ella una imagen psicológica extrema, fruto quizás de un perfeccionismo inhumano que desconoce el siglo y las circunstancias históricas que le tocó vivir. Recordemos brevemente que, tras la muerte de Fernando VII en 1833, España entró en una profunda crisis política, social y religiosa. La implantación del liberalismo, con sus reformas económicas y sociales —como las leyes de desamortización de 1834 (municipios), 1835 (nobleza) y 1837 (Iglesia)—, lejos de aliviar la vida del pueblo, agudizó la desigualdad. En lugar de distribuir la tierra entre campesinos, los bienes fueron adquiridos por una nueva burguesía adinerada, agravando la pobreza y provocando tensiones que desembocarían en la primera guerra carlista (1833-1844), una sangrienta contienda atravesada por la protesta social y la lucha de clases. La Iglesia, especialmente las órdenes religiosas, fue duramente golpeada. La ley del 8 de marzo de 1836 ordenó la supresión de conventos, y la del 29 de julio de 1837 extinguió oficialmente las órdenes religiosas. Muchos conventos fueron incendiados y, en episodios trágicos como los de julio de 1834 en Madrid, varios religiosos fueron asesinados bajo falsas acusaciones. La propia madre Janer escapó de la persecución: refugiada en zona carlista, tuvo que viajar a Cervera tras la muerte de su madre. Es muy probable que estas experiencias estén condensadas en máximas como estas: “Mucho valor habrán de tener, pero si se lo piden a Dios, se los dará en abundancia”; o en esta otra: “Nosotras no sabemos lo que podemos, porque somos miserables, pero si la fuerza de la gracia de Dios impera en nosotras, somos para algo y valemos lo que Dios se sirve poner”. Ambas revelan con claridad que nunca permitió que el miedo la subyugara. Antes bien, afrontó el sufrimiento con una fe que supo sostenerla en medio de la adversidad.



“Amarte y servirte siempre y en todo”



Caminar habitando el sufrimiento

La esperanza más íntima nace del sufrimiento más profundo. Cuanto más hondo es el dolor, más firme puede ser la esperanza que brota de él. No en vano escribe san Pablo: “Más aún, nos gloriamos hasta de los mismos sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento engendra constancia, la constancia produce virtud probada, y la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5, 3-5).

Esta relación entre sufrimiento y esperanza se muestra con particular fuerza en los orígenes del Instituto. Sufrimiento y esperanza son, como en Vall d'Òra, valle y montaña de una misma geografía espiritual. Allí, durante la primera guerra carlista, nada resultaba más desolador que los llamados



“hospitales de sangre”, que poco tenían de hospital. En palabras de un testigo: “Tendidos sobre las baldosas, sin paja ni mantas, y lo que es peor, sin que se les socorriese en la gran sed que pasaban... No he visto, ni pienso ver nunca jamás, un espectáculo tan triste y lastimoso como el que presentaban aquellos desdichados, en medio de tanta miseria y sin que nadie les asistiera”, al menos al principio. Ana María Janer y sus hermanas eligieron ser presencia de consuelo y de esperanza. Salían con lo que tenían, caminaban hasta los campamentos, cruzaban entre la metralla y el miedo, cargando calderos de comida, vendas, agua, y, sobre todo, palabras y gestos de alivio. No preguntaban a qué bando pertenecía el herido. Si era carlista o isabelino —cada uno proyecta aquí sus propios sesgos políticos— daba igual. Así recordaba su entrega su primera biógrafa: “Lanzábanse entre el estrépito de la metralla... hallábanse los combatientes extenuados (...) entonces no le importaba a la compasiva Madre ir al campamento cargada con el caldero del rancho”. En medio del sufrimiento de los hombres heridos, nació una esperanza nueva: la certeza de que incluso en las situaciones más inhumanas podía hacerse presente la ternura de Dios. Por eso la llamaban “madre”, y a sus hermanas, “hermanas”, sin importar si eran enemigos o aliados.



Transmitir una llama viva

Tener esperanza significa también propagarla, transmitir la llama y avivarla para que prenda a su alrededor. La esperanza es el fermento de toda auténtica revolución, el catalizador de lo nuevo, de lo bueno, de lo que



anticipa la plenitud del Reino futuro. Por el contrario, no existe una revolución del miedo: quien teme, se somete al poder. Solo la esperanza en un mundo distinto despierta un potencial verdaderamente evangélico, incluso cuando nace desde lo pequeño y humilde. Así sucedió con las primeras fundaciones del Instituto entre 1859 y 1868. El punto de partida era claro: promover la vida en las zonas rurales mediante la formación, especialmente de niñas analfabetas, a menudo olvidadas. Las hermanas se preparaban como maestras, estudiaban y se presentaban a oposiciones para obtener plazas por vía civil. De este modo,

no solo trabajaban en escuelas, sino también cuidaban a enfermos en hospitales y en sus propios hogares, a pesar del rechazo que en ocasiones manifestaban ciertas autoridades civiles. Como escribía el párroco de Oliana en 1870 al vicario general de Urgell: “en esta



hay unos cuantos que odian a las hermanas y que en la primera ocasión que se les presente, las quieren despedir”. Ana María Janer y sus hermanas no se detenían. Caminaban al ritmo del pueblo, animadas por una esperanza que las elevaba por encima de lo que no debería existir: el odio. Ella acompañó personalmente muchas de estas primeras fundaciones, la mayoría en la diócesis de Urgell. A la casa del hospital de La Seu d'Urgell —considerada la primera del Instituto— y a la Casa de Misericordia de Cervera, se sumaron otras: en 1863, el colegio de Cervera y el hospital de Tremp; en 1864, el colegio de Oliana; en 1865, el de Bellver; en 1866, el asilo de Sant Andreu de Palomar en Barcelona, y los colegios de Organyà y Castellciutat; y en 1868, el colegio de Llívia.



Peregrinar con esperanza

Llegados a este punto, es necesario preguntarnos: ¿cómo se sostiene una esperanza así? ¿Cómo portar una esperanza que no sedeja dominar por el miedo, que no lo niega, pero tampoco se somete? Una esperanza que no nace del bienestar, sino del dolor. De la cruz. Tal esperanza no puede sostenerse en nuestras fuerzas. Sería frágil, volátil, una ilusión más. Su solidez no viene de nosotros. Viene de Otro. Tomás de Aquino lo sabía: la esperanza cristiana se apoya en un poder que no es nuestro. Pero ese poder no se impone. No aplasta. Se revela como misericordia. En Cristo, la omnipotencia de Dios desciende y se sumerge en el mar profundo del dolor humano. No lo evita; al contrario, lo habita. Desde ahí, abre un futuro. No el futuro del progreso, sino el del amor que vence la muerte. Esto, sin embargo, no excluye la acción humana. No es pasividad, es caridad. Por eso, peregrinar con esperanza, como Ana María, es permitir que otros la descubran en nosotros. El Papa Francisco lo dijo con precisión: “todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que, más allá de nuestras imperfecciones, nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin él; entonces, eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y te da esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros” (EG 121).



Mientras seguimos el viaje por el mar de la historia —a veces sereno, muchas veces agitado y oscuro—, que no se extinga en nosotros esa fe silenciosa y fiel que, sin imponerse, pueda ser percibida por los que sufren como una forma de esperanza.

“Amarte y servirte siempre y en todo”



Oración para pedir su intercesión



Señor Jesús,

con amor de misericordia elegiste a la Beata Ana María Janer y ella, fiel a tu llamada, consagró toda su vida para amarte y servirte en los que sufren pobreza y fragilidad.

En respuesta a tu Evangelio acogió ancianos y enfermos, cuidó heridos, educó niños y sirvió a los más necesitados.

Su caridad creativa se hizo servicio de amor, consuelo y misericordia.

Te damos gracias por su vida y te pedimos que su santidad sea camino de entrega, comunión y amor misericordioso para todo el Pueblo de Dios y para todos los que queremos amarte y servirte tras sus huellas de caridad.

Por eso te pedimos, Señor, su pronta canonización para que su luz sea un signo de tu presencia en el mundo.

Por tu intercesión, te confiamos nuestras necesidades. Amén.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...



*Manteneos en contacto con nosotros y la Familia Janeriana.
¡Seguidnos!*